

GERALD K. HELLEINER, *International Economic Disorder*, Londres, The MacMillan Press, 1980, pp. 245.

Esta colección de ensayos cubre el amplio y conflictivo espectro de las relaciones Norte-Sur. Se trata de un análisis equilibrado en un doble sentido. Por un lado, presenta con ecuanimidad las posiciones de estos dos actores, identificando la lógica interna que las preside en cada caso. Por el otro, es una pieza que combina correctamente el análisis con la pasión, el dato con el fervor normativo.

Helleiner apunta con acierto que "la economía política de las relaciones internacionales todavía es intelectualmente un área subdesarrollada" (p. 64). En efecto, a pesar de la considerable literatura consagrada al nuevo orden internacional, a los efectos desiguales del comercio, a la asimetría tecnológica, y a las incertidumbres externas e internas que caracterizan intensamente a los países de menor ingreso, el desorden conceptual en torno a estos problemas es perceptible. Los trabajos recientes de UNITAR, por ejemplo, sobre el NOEI constituyen pasos importantes en la dirección correcta, mas no encaran ni resuelven cuestiones de fondo. Esta escasez en la historia de las ideas económicas no es asunto exclusivamente académico; impide comprender y *negociar* con mayor esmero las posiciones en juego.¹

Esta obra contiene ocho ensayos monográficos unidos entre sí por una inquietud profunda respecto a la estructuración de los vínculos internacionales. El primero esboza la caída del "viejo orden" y los factores estructurales que modelan el nuevo. Se detiene, así, en el ascenso vertiginoso del precio del petróleo, en la falta de "transparencia" de las multinacionales, en la revolución informática, y en las turbulencias típicas de un mundo multipolar. Su conclusión: "el problema del Norte no es si sus gobiernos... deben o no 'desarrollar' al Sur, sino más bien en qué medida deben, cuando sea posible, facilitar que no inhibir los procesos de cambio en el Tercer Mundo, procesos que poseen una dinámica independiente e irrefrenable" (p. 5).

Paralelamente, Helleiner insiste en que la principal responsabilidad por el desarrollo descansa en los países pobres (p. 4). Y en este contexto, revela la debilidad institucional del Tercer Mundo, puesto que carece de "un equivalente a la OECD" (p. 16). Si pudieran superar esta flaqueza, los países pobres le permitirían a las Naciones Unidas desempeñar un papel más constructivo como árbitro de todas las partes más que como defensor desacreditado de esos países (p. 18).

El segundo ensayo presenta una síntesis apretada y consistente de las imperfecciones que norman el mercado internacional. Para Helleiner, "explotación" es un término excesivamente cargado de valores, por lo cual recomienda prescindir de su uso (p. 23ss). Dice: "Lo que es básicamente injusto en la presente economía internacional son los enormes diferenciales de ingreso. Pero de aquí *no* cabe concluir que las relaciones entre ricos y pobres llevan necesariamente a una injusticia mayor" (p. 25). Entre las imperfecciones de bulto, Helleiner indica la rigidez (nacional e internacional) del factor trabajo no cali-

¹ De aquí la importancia de obras como la de R. Villarreal, (comp.) *Economía Internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

ficado, la pobreza de los flujos de información, la manipulación oligopólica y monopsonía de los productos primarios, y las restricciones tecnológicas. Pone énfasis en las multinacionales como actores no económicos que deforman las estructuras de los países pobres. Estos conglomerados representan “mercados cerrados” (p. 38) que con frecuencia actúan en complicidad con el sector *público* de esos países. Este análisis permite, entre otras cosas, enriquecer algunos argumentos de la teoría de la dependencia que exhibe hoy una infecundidad acaso incurable.

En los tres capítulos siguientes, Helleiner examina el nuevo proteccionismo de los países industriales, los problemas derivados de la deuda externa contraída por el Sur, y el sistema monetario internacional. También aquí dibuja ideas interesantes y precisas.

Por ejemplo, arguye que se ha exagerado el alcance del proteccionismo hasta considerarlo un género de neo-mercantilismo. No es exacto. De momento, el proteccionismo de los países ricos es altamente *selectivo*: se limita a los productos intensos en el factor trabajo que pueden competir exitosamente con industrias de esos países (p. 64). Pero el proteccionismo *podría* ampliarse (p. 90) si el Tercer Mundo no opone resistencias eficientes. Por otra parte, Helleiner sugiere que la deuda oficial del Sur debería cancelarse como *parte* de una creciente ayuda externa (p. 123). Sin embargo, no alude a la deuda *privada* que crece rápidamente.

Helleiner no descuida el rezago tecnológico; al tema dedica un capítulo especial. Aquí reúne ideas relativamente conocidas y convencionales sobre la paradoja de la información, la necesidad de tecnologías adecuadas, la concentración de la investigación, y asuntos conexos. Sostiene claramente —y éste es un punto que merece ser reiterado— que “el desarrollo a largo plazo de la capacidad tecnológica local es más importante que la negociación inmediata del precio de las importaciones tecnológicas” (187).

La obra remata con dos ensayos que postulan una *self-reliance* selectiva (p. 213), a fin de que *no* degeneren en una réplica *dentro* del Tercer Mundo de los vínculos asimétricos entre centros y periferias, réplica que, aparte de la inconsistencia moral que entrañaría, habría de conducir a la heterogeneidad autodestructiva del Sur. Cabe añadir que la *self-reliance*, en algunas de sus interpretaciones vulgares, apareja no sólo una autarquía insostenible sino un racismo periférico que constituiría una reacción equivocada a la hegemonía ejercida por los centros.

A pesar de las virtudes apuntadas, esta obra me dejó algo insatisfecho. Por ejemplo, la importancia de las relaciones de poder en los asuntos económicos y la burocratización estrecha y creciente de los organismos internacionales son tópicos apenas insinuados. Opino que la clásica e injustamente olvidada obra de E.H. Carr (*The Twenty Years' Crisis 1919-1939*), así como los trabajos compilados por Cox y Jacobson (*The Anatomy of Influence*), habrían enriquecido los planteamientos de Helleiner. Por añadidura, este escrito alude a la importancia de elaborar y proponer una “teoría de la negociación” (p. 228) en torno al *NOËI*; pero se limita a este apunte. Articular una teoría de este tipo es indispensable si en verdad se pretende un reordenamiento global. Tampoco Helleiner extrae conclusiones sobre lo que las recientes innovaciones en la microelectrónica y en la biotecnológica implican: un nuevo género de dominación

que di en llamar "imperialismo cibernético".² Y, en fin, Helleiner acepta sin mayor crítica el término "nuevo orden" sin anotar dos de sus connotaciones infelices: por un lado, su origen nazi, y, por otro, la noción positivista de "orden" cuando lo que se precisa es reestructuración y cambio.

² El término lo desarrollo en *Vuelta*, febrero, 1981.